

Raúl: revolucionario durante toda su vida

Gustavo Placer Cervera

Historiador. Academia de la Historia de Cuba.

Durante los dos siglos transcurridos desde el inicio de los procesos independentistas en América Latina, las fuerzas armadas de los países de esta región han estado involucradas en la política y ocupado el gobierno de manera reiterada; la mayoría de las veces, se han puesto al servicio de las oligarquías nacionales y de los intereses hegemónicos foráneos y dejado una huella tal de autoritarismo, represión y corrupción que las ha situado en el polo opuesto al de la nación y pueblo que debían defender. Una relación casi interminable de golpes de Estado y dictaduras corroboran este aserto.

Sin embargo, dentro de esa tendencia general, ha habido excepciones notables. Lázaro Cárdenas en México; Juan Domingo Perón en Argentina; Omar Torrijos en Panamá; Francisco Caamaño en República Dominicana; Juan Velasco Alvarado en Perú; Líber Seregni en Uruguay, y más recientemente, Hugo Chávez en Venezuela, son casos de militares progresistas que, aunque con proyecciones diversas en cuanto a lo ideológico, lo político y lo social han

dejado su impronta en la historia de sus respectivas naciones y de la región en general. No obstante, los alcances de dichas proyecciones, la trayectoria vital de esos militares, sus éxitos y errores, han sido, en general, poco divulgados y en algunos casos están casi olvidados por completo. Es por ello que la editorial argentina Capital Intelectual, ha tenido la idea, que consideramos feliz, de darlos a conocer mediante su colección *Los otros militares*, centrada en la vida y la obra de oficiales profesionales latinoamericanos que, más allá de sus diversas posiciones ideológicas, no siguieron los mandatos del *establishment* y optaron por la defensa de los intereses de las mayorías.¹

Ahora, en lo que podría llamarse una continuidad ascendente, ha sido publicado *Raúl Castro, estrategia de la defensa revolucionaria de Cuba*, de la autoría del profesor e investigador canadiense Hal P. Klepak.*

El reto asumido por Klepak no ha sido tarea fácil aunque, por otra parte, su vinculación con Cuba desde que era un adolescente, a fines de la década de los 50 del pasado siglo, su interés por nuestro país, y su frecuente presencia entre nosotros, lo puso en una situación ventajosa para afrontarlo con éxito. La complejidad

* Hal P. Klepak, *Raúl Castro, estrategia de la defensa revolucionaria de Cuba*, Capital Intelectual/Le Monde Diplomatique, Buenos Aires, 2010.

del trabajo realizado por el colega canadiense se debe a un conjunto de factores que el propio autor explica a través de su obra.

En primer lugar, a diferencia de las personalidades que han sido objeto de estudio en los títulos anteriormente publicados por la colección citada, y como Klepak puntualiza, «Raúl Castro ha sido revolucionario durante toda su vida» (p. 226). No se trata, pues, de una personalidad formada en los institutos armados y que, por diferentes circunstancias, deviene defensor de los intereses populares; sino de alguien que desde muy temprana edad hizo suyas las ideas más radicales y justas de transformación total de su país y que por necesidades de esa causa tuvo que convertirse en militar.

Por otra parte —y Klepak se lo plantea casi desde el inicio de su libro—, ¿cómo distinguir y separar la vida y obra de Raúl Castro de la de su hermano Fidel, «considerado por la mayoría de los líderes latinoamericanos actuales el hombre más influyente que haya dado la región desde el legendario Simón Bolívar?» (p. 18). Además, ¿cómo hacer un balance histórico de la vida y la obra de alguien que está vivo y en plena actividad?²

Estas y otras dificultades de carácter interpretativo y de fuentes de información han tenido que ser sorteadas por el autor para lograr, con respeto, ponderación y elegancia, un texto coherente y cercano a la objetividad, esa meta siempre buscada y nunca alcanzada totalmente por los investigadores de la historia.

Para ello, Klepak estructuró su trabajo en un Prefacio, siete capítulos y unas Conclusiones. Comentaré brevemente cada una de estas partes:

Comencemos por expresar mi desacuerdo con el título. En mi opinión, la palabra «estratega» debió ser sustituida por «arquitecto». Sin demeritar un ápice la importancia del papel y funciones desempeñados por Raúl Castro, lo más justo y verídico es decir que el papel del estratega de la defensa revolucionaria de Cuba, como el de todos los aspectos de la Revolución, le ha correspondido y ha sido desempeñado, hasta la actualidad, por Fidel Castro. El propio autor parece dar la razón en este aspecto, como veremos a continuación.³

En su Prefacio, como es habitual, el autor hace una breve descripción de la obra y plantea sus propósitos, sus alcances y limitaciones espaciales, temporales y de contenido. Es en estas páginas donde este comentarista encuentra la primera de sus discrepancias con el estimado colega canadiense, cuando enuncia:

Este autor [...] confía en que logrará, de ese modo, mostrar por qué no es exagerado afirmar que Raúl ha sido el verdadero estratega de la supervivencia de la Revolución en las feroces tempestades que se desataron en los últimos cincuenta años o más. Si bien el arquitecto de la Revolución fue, sin duda alguna, Fidel, se mostrará que

el estratega que él eligió para garantizar la supervivencia de la Revolución fue Raúl. (p. 20)

Sin embargo, en una aparente contradicción con sus propias palabras, afirma más adelante algo con lo cual concuerdo completamente:

Se revelaría [Raúl] como el líder dispuesto de las fuerzas armadas de un Estado revolucionario; a esas fuerzas armadas les correspondía desempeñar funciones revolucionarias respecto de las que representan la norma en América Latina y abocarse al proyecto revolucionario del cual Fidel era líder e inspiración. Es en ese contexto tan particular que Raúl habría de convertirse en el principal arquitecto militar encargado de llevar a la práctica buena parte de ese proyecto y de protegerlo. (p. 47)

También en el Prefacio, hay una inexactitud cuando se atribuye a Raúl Castro la creación de las milicias (p. 18), en cuya organización ciertamente participó de manera decisiva, pero la verdad histórica es que la iniciativa de su creación se debe a Fidel, quien también le dio una atención personal a su organización. El que escribe estas líneas, fundador de las Brigadas Universitarias José Antonio Echeverría en la Universidad de La Habana, fue testigo de ello.

El capítulo 1, que lleva por título «Joven, soldado, oficial, comandante», es una síntesis bien lograda del proceso de formación de la personalidad de Raúl Castro, desde su niñez hasta el triunfo del 1 de enero de 1959. Se resaltan sus dotes de organizador, puestas de manifiesto desde que asumió el mando del II Frente Oriental Frank País; Klepak lo resume diciendo:

No se trataba de un líder de segunda línea ni de alguien elegido solo por ser hermano del Comandante en Jefe. Era un comandante de eficacia probada, con coraje, capacidad y valor reconocidos inclusive por los efectivos del Ejército Rebelde que procuraban encontrar la manera de servir a sus órdenes. (p. 41)

Luego resalta: «La planificación cuidada, las decisiones valientes y acertadas, la organización, el coraje y la inteligencia transformaron un contexto táctico y estratégico negativo en un escenario de victorias» (p. 41). Y subraya después: «También fundó un cuadro de líderes, que en muchos sentidos empezaba a dar señales de que se convertiría en un verdadero cuerpo de oficiales, capaces de ganar batallas y conducir operaciones con destreza militar y perspicacia política» (p. 41).

Sin embargo, hay en el capítulo algunas afirmaciones inexactas. Por ejemplo, se dice que «el 26 de Julio no era más que un grupo armado del Partido Ortodoxo» (p. 25). Es cierto que Fidel Castro y una buena parte de los atacantes al Moncada procedían de esa agrupación política, pero no se subordinaban a ella. Además, calificar de «desesperado» dicho ataque no es apropiado.

El capítulo 2, «Ministro, pero también soldado» es el más extenso del texto. En él se reconstruye

Raúl Castro, estrategia de la defensa revolucionaria de Cuba es un trabajo serio, profundo, que pone de manifiesto la profesionalidad y sagacidad de su autor, así como su conocimiento de la historia y realidad cubanas. Se podrá estar o no de acuerdo con él, total o parcialmente, pero hay que reconocer su honestidad y su respeto hacia Cuba, sus dirigentes, sus fuerzas armadas y su pueblo.

históricamente la compleja y prolongada etapa de la vida militar de Raúl Castro (y de las FAR), que va desde 1959 hasta comienzos de los años 80. Haciendo salvedad de algunas inexactitudes e incongruencias en fechas y hechos,⁴ es un capítulo bien escrito, aunque con algunos párrafos —tal vez a causa de la traducción—, algo confusos. Por ejemplo, en la página 49, al referirse a los acontecimientos de 1898, dice que «la victoria definitiva no se logró hasta que Estados Unidos intervino en la lucha independentista». Cabe preguntarse ¿de qué victoria se trata? ¿Se está justificando la intervención? Más adelante se afirma que los acontecimientos de Camagüey (la traición de Hubert Matos) «aún hoy provocan fuertes emociones en Cuba» y que es un «suceso del cual es muy poco probable que alguna vez se sepa toda la verdad» (p. 60). En opinión de este comentarista, aquellos hechos fueron, en aquel momento, suficientemente aclarados, se ha escrito sobre ellos y no suscitan las «fuertes emociones» a que se alude. En la página 67, el término «aventuras internacionalistas» resulta discutible y no armoniza con el tono general de seriedad que tiene el libro. El desembarco en Panamá que menciona en el último párrafo de la página 67 no contó con apoyo oficial; fue resultado del fervor revolucionario de entonces y la falta de disciplina y organización de las nacientes fuerzas armadas cubanas. En la página 75 la palabra «rendirse» es un evidente error de la traductora. La doctrina militar de las FAR de Cuba no ha contemplado nunca tal opción. En esa misma página, el criterio del autor de que la muerte de Che Guevara dio término en Cuba a «la exportación de la Revolución» es un punto polémico. En la página 79, no está claro a qué «cosas» se refiere el autor cuando dice que los militares cubanos desearían que fueran mejores. El capítulo tiene, además, una omisión —debida seguramente a que al hecho no se le ha dado divulgación—: el tiempo y esfuerzo dedicado por Raúl Castro a su preparación como jefe militar. Durante 1967 fue sustituido, como ministro en funciones, por el comandante Juan Almeida Bosque, su Primer Sustituto y, sin abandonar sus responsabilidades políticas, dedicó gran parte de su tiempo a estudiar cuestiones militares. Su grupo de estudio estaba

compuesto, además, por los comandantes Sergio del Valle y Ángel Martínez. Sus profesores eran, en gran parte, especialistas soviéticos y también oficiales de las FAR.⁵

El párrafo final del capítulo (p. 92) es un excelente resumen del papel desempeñado por las FAR en esos años y de su prestigio en el país y el exterior:

Las FAR habían demostrado su capacidad para dar apoyo y entrenamiento a revolucionarios en otros países; para combatir enemigos de peso y lograr el triunfo lejos de las costas cubanas; para funcionar como componente decisivo de la disuasión de cualquier idea de ataque contra Cuba que pudiera albergar Estados Unidos; para desarrollar un papel activo en la creación de una fuerza de reserva sin precedentes en cuanto a tamaño, adiestramiento, equipos y velocidad de movilización a cualquier lugar de la región; para actuar como una herramienta leal y flexible en apoyo a las metas revolucionarias del gobierno en el país y en el exterior. Las FAR, en virtud de la posición única que detentaba Cuba tanto en el mundo socialista como en el Movimiento de Países No Alineados, gozaba de una situación de acceso a información de inteligencia sin precedentes incluso en los países más desarrollados. Su prestigio se disparó en especial en el Tercer Mundo, pero también en el país. Raúl podía sentirse sumamente orgulloso de lo que había logrado con la inspiración de Fidel. Y si bien el conocido entusiasmo de Fidel de ocuparse en persona de las cuestiones militares volvió a manifestarse en la lucha en Angola, nadie dudaba de que fuera Raúl quien se ocupaba de que nada se apartara de lo previsto y de que las FAR funcionaran con eficiencia en forma cotidiana. En rigor, incluso en esa ocasión en que Fidel se interesó especialmente por la conducción de las acciones pero desde La Habana, fue Raúl quien viajó a África y, en el terreno, ayudó a definir las condiciones en las que combatirían los cubanos.

El capítulo siguiente, «La década del 80 y el debilitamiento de la conexión soviética», reconstruye históricamente un período pletórico de acontecimientos muy complicados y la gestación e implementación de la doctrina militar cubana de la «Guerra de todo el pueblo». El autor dedica varias páginas a tratar «el caso Ochoa», sobre el cual especula. No queda claro sobre qué sustenta la afirmación de la simpatía de Ochoa por Gorbachov, ni por qué Klepak afirma que las circunstancias del caso Ochoa tal vez nunca se esclarezcan por completo. El

proceso aludido fue ampliamente divulgado y se realizó de manera transparente.

El capítulo 4, «El “período especial” para Raúl, las FAR y Cuba», abarca la nada fácil de explicar —aun para un cubano residente en el país— primera mitad de la década de los 90. El autor intenta —y lo logra en gran medida— sortear esas dificultades con un hábil manejo de las fuentes y la experiencia de sus vivencias personales.

El siguiente párrafo, en el que alude a las medidas que fue necesario tomar a causa del Período especial y los subsiguientes problemas económicos, es una prueba de la agudeza analítica del autor cuando expresa:

Este analista no puede dejar de apuntar un aspecto singular de esta situación, observado en escasísimas ocasiones a lo largo de la historia. Por lo general, cuando lo que se considera un régimen autoritario enfrenta una crisis profunda y duradera en los terrenos políticos, social y económico, reacciona fortaleciendo sus fuerzas de defensa y seguridad. Sin embargo, tal era la confianza del gobierno cubano respecto de que el Estado perduraría a pesar de los horrores del momento, que las FAR fueron el componente del Estado que soportó la mayor exigencia de sacrificio. (p. 117)

Para agregar más adelante:

Fidel pudo sentirse orgulloso de semejante estabilidad y resistencia, como también Raúl por la parte que le correspondió en la creación de un aparato tan leal y flexible como sus fuerzas armadas. (p. 117)

Sin embargo, Klepak afirma, sin sustentarlo, que en los cuadros de mando de las FAR el nivel de enseñanza formal no es elevado, porque no hay entre ellos descendientes de las clases acomodadas. Es cierto que en sus comienzos muchos de los oficiales de las FAR, provenientes de las capas más humildes del pueblo, carecían de un elevado nivel de instrucción, pero el esfuerzo desplegado a través de más de cinco décadas por resolver este problema, según se reconoce en varios pasajes del libro, ha sido inmenso, y sus resultados exitosos, evidentes.

El capítulo 5 se titula «Los últimos años en el Ministerio». En él, dando continuidad al anterior, el autor reconstruye, en rasgos generales, la actividad de las FAR y de Raúl Castro en su calidad de ministro, desde la segunda mitad de la década de los 90 hasta que asume, en funciones, la presidencia del país, a fines de julio de 2006. Al tratar el tema de la emigración ilegal, Klepak omite, quizás por sobrentenderla al ser archiconocida, la estimulación que esta recibe de los Estados Unidos (p. 143). Asimismo —en lo que tiene las trazas de una especulación— se habla de disidentes «independientes y valerosos» y luego se les atribuye ser «honestos y reales» (p. 153) sin que esto se sustente en ejemplos concretos.

«Un militar en el cargo de presidente» es uno de los capítulos más extensos y quizás el más controvertido y polémico, pues tiene un contenido más ensayístico y provocador (en el sentido científico y benévolo del término). En él, el autor no solo trata acontecimientos ocurridos, sino que hace comparaciones entre los estilos de trabajo de Raúl y Fidel Castro (pp. 159-61)⁶, y especula sobre el papel de las FAR en el futuro inmediato de Cuba.⁷ Basta, para corroborar lo anterior, relacionar los títulos de los epígrafes: «¿Gobierno militar o estilo militar de gobierno?» (p. 163); «¿Reformista o conservador?» (p. 170); «Las FAR y el nuevo presidente» (p. 180).

El siguiente capítulo, «Un estratega revolucionario y su defensa revolucionaria», constituye una recapitulación de los aspectos medulares de la obra y un resumen condensado de ella. Consta de tres epígrafes: «El hombre y su reflejo en la institución» (p. 199); «¿Una personalidad militar?» (p. 205) y «La institución» (p. 211). En el segundo de ellos, Klepak expone las que considera dos corrientes principales de pensamiento respecto a la personalidad de Raúl Castro y la influencia que esta ejerció en su vida militar, tomando después partido por la tendencia que asegura es predominante en Cuba: «Raúl es un oficial de grandes cualidades personales y profesionales, un hombre de honor, valor y gran sensibilidad, un hombre de familia que se ha demostrado más que capaz de conducir y organizar las fuerzas armadas» (pp. 205-6). En el tercer epígrafe se remarcan las singularidades y la cubanía de las FAR y sus diferencias, en casi todos los aspectos, de lo que es la norma en América Latina.

Las breves «Conclusiones» ponen de relieve, por su lenguaje lacónico y directo, la formación militar del autor, la profundidad de su análisis y su poder de síntesis. Para este comentarista hay, en las páginas finales, dos párrafos que lo resumen todo; el primero de ellos dice:

Cuba no es un país en una situación normal, donde resulte sencillo juzgar qué está bien y qué está mal en cada caso. Se trata de un país sitiado, con la nación más poderosa en la historia mundial ubicada a tan solo 150 kilómetros de distancia [...] con la decisión manifestada en las políticas y en la legislación de destruir el sistema social, económico y político vigente en la Isla. La situación cubana es única. Y las respuestas frente a las amenazas planteadas por tal situación también tuvieron que adoptar características singulares. (pp. 227-8).

Y a continuación esclarece y puntualiza su opinión:

Si bien Fidel ha mostrado la mayor de las originalidades en el diseño de las respuestas, por lo general fue a Raúl a quien recurrió para garantizar que las medidas propuestas funcionaran y, en especial, que fuera posible sostenerlas y defenderlas de las amenazas existentes. Esa labor requirió de un hombre y unas fuerzas armadas dotados de esa

Raúl: revolucionario durante toda su vida

«otredad» y de la capacidad para pensar en modos sin duda originales acerca de cómo actuar. Raúl ha demostrado ser ese hombre. Y él encontró «otra» clase de fuerza armada capaz de llevar a cabo la labor encomendada. (p. 228).

En resumen, el libro que reseño es un trabajo serio, profundo, que pone de manifiesto la profesionalidad y sagacidad del profesor Hal P. Klepak —hombre proveniente de otra latitud, cultura y sistema político—, así como su conocimiento de la historia y realidad cubanas. Se podrá estar o no de acuerdo con él, total o parcialmente, pero hay que reconocer su honestidad y su respeto hacia Cuba, sus dirigentes, sus fuerzas armadas y su pueblo.

Agradezco a la revista *Temas* la oportunidad de leer este libro en primicia, al menos en Cuba, y de elaborar estos comentarios.

Notas

1. Algunos de los títulos ya publicados por esa colección son *El primer Perón. El militar antes que el político*, de Ernesto López (2009); *Militares contra Pinochet. Los que defendieron la Constitución frente al golpe de 1973 en Chile*, de Carlos Gutiérrez (2009); *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana*, cuyo autor es Julio Aibar (2009); *Liber Seregni, el general del pueblo*, escrito por Samuel Blixen (2010), e *Izquierda militar y tenientismo en Brasil*, debido a la pluma de João Quartim de Moraes (2010).

2. En los momentos en que redacto estas líneas el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba ha elegido a Raúl Castro como Primer Secretario, responsabilidad que se une a la que ya ocupaba como Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros.

3. La traducción del libro al español tiene momentos infelices que atentan contra la fluidez del lenguaje y la comprensión de lo que Klepak ha querido decir.

4. Son ejemplo de ellas: 1) Calificar de «poderoso» al Directorio Revolucionario (p. 44). 2) Considerar como civil a Augusto Martínez Sánchez, quien era comandante del Ejército Rebelde (p. 45). 3) Suponer a Raúl Castro Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, cuando fue designado Ministro de las FAR (p. 46). 4) La guerra del 95-98 no tuvo «tres primeros años», sino que duró tres años (desde el 24 de febrero de 1895 hasta agosto de 1898 (p. 49)). 5) Atribuirle a Raúl Castro, en 1959, el título de General de Ejército (p. 58), pues en ese momento era, y lo fue durante años, Comandante; el actual sistema de grados se implantó en las FAR en los años 70. 6) El considerar conscriptos a los soldados del Ejército Rebelde (p. 65) en un momento en que aún no se había implantado el Servicio Militar Obligatorio, lo cual ocurrió en 1963. 7) En las pp. 81-2 parece que los CDR y las Brigadas de Producción y Defensa fueron creadas en el mismo contexto; esto es erróneo.

5. En esos momentos este comentarista era un joven de 26 años, oficial de la Marina de Guerra Revolucionaria, con el grado de Alférez de Fragata y ocupaba el cargo de 2º Jefe del Servicio Hidrográfico, tuvo el honor de impartirles una clase sobre dicha especialidad, a finales de marzo de 1967, y guarda un muy grato recuerdo de aquel hecho.

6. En alusión a la frase «Comandante en Jefe, ordene», su explicación debe buscarse en el contexto cubano; nada tiene que ver con Mussolini (p. 160). Esta mención no es feliz.

7. Es también especulativo afirmar que «tal vez la mayoría de los cubanos no están ni extremadamente a favor ni encarnizadamente en contra del gobierno socialista o de Fidel» (p. 164). Esto contradice lo que afirma sobre Fidel como líder y conductor de la Revolución a través de todo el libro y con el análisis que hace sobre lo que denomina el «habanazo» (pp. 114 y 143).

© TEMAS, 2011